

nia, y en el foco de interés de los préstamos lingüísticos del persa (tanto los de origen árabe como los de origen europeo), Jazayery ha hecho una contribución importante a la teoría de las relaciones entre el lenguaje y la cultura.

Oscar Uribe-Villegas

Stanley Lieberson and Lynn K. Hansen. "National Development, Mother Tongue Diversity, and the Comparative Study of Nations". *American Sociological Review* 1974, Vol. 39 (August) pp. 523-41.

En los años recientes, varios estudiosos han tratado de descubrir si existen algunos vínculos entre el nivel de diversidad de las naciones y algunas de las facetas del "desarrollo nacional" (como la urbanización, la industrialización, el consumo de energía, el producto nacional bruto y el analfabetismo). En algunos de ellos, la diversidad de la que se ha tratado es la diversidad lingüística. En su mayoría esos estudiosos han hecho un corte transversal de muchas naciones, han trabajado con los datos recogidos, los han correlacionado, y han llegado a encontrar que hay una asociación inversa entre la diversidad de la lengua materna de sus miembros y alguno o algunos de esos indicadores de lo que convencionalmente se llama "desarrollo". De esa manera, parece que el problema se redujera a determinar si a) es el desarrollo el que abate la diversidad lingüística o b) si es la homogeneidad lingüística la que permite o estimula el desarrollo; si es o no un prerrequisito del mismo.

Lieberson y Hansen sugieren que

estas asociaciones son espurias, y mediante un análisis de la covariancia, creen poder explicar, en parte, cuál es la razón por la que se producen en un corte transversal de las naciones aunque las variables no estén relacionadas dinámicamente. Según la interpretación de estos autores, el defecto ha consistido en que quienes han calculado tales correlaciones transversales, en su mayoría las han utilizado no sólo para describir un patrón existente sino para inferir, a partir de él, 1) cambios a) simultáneos o b) sucesivos (defasados o diferidos) y 2) relaciones de causalidad.

Como pueden ser riesgosas aquellas inferencias acerca del cambio que se basan en datos tomados en un solo momento, para salir de la dificultad y valorar esas inferencias, hay que utilizar datos longitudinales adicionales.

En un primer cuadro de su artículo, estos dos investigadores han consignado, para diversas naciones, y para años cercanos a 1960, las diversas correlaciones transversales entre la diversidad lingüística (especificada por ellos para este uso como "diversidad de la lengua materna" medida por el índice A de Greenberg (a cuyo cálculo dedicó Jesús Martínez Ruiz una nota, en esta Revista) —por una parte— y siete indicadores diversos del desarrollo —por la otra—. El cálculo lo hicieron Lieberson y Hansen en forma distinta a como lo practicaron otros estudiosos que trabajaron antes que ellos pues, en vez de emplear dicotomías o policotomías de atributos, utilizaron variables continuas.

El cuadro muestra: A) que, conforme son más diversas en lo lingüístico, B) las naciones: 1) son más grandes, 2) son más pobres, 3) están menos urbanizadas, 4) tienen mayor analfabetismo, 5) tienen menos co-

reos domésticos, 6) en ellas circulan menos los periódicos, 7) es menor su consumo de energía; pero, aún así, las correlaciones no son muy altas (la mayor es sólo de .27).

Pero —de acuerdo con la argumentación de Lieberson— el análisis longitudinal de los cambios a través del tiempo puede ayudar a determinar si las variables desenvolvientistas y la diversidad lingüística están o no relacionadas causalmente. Ellos, en particular, han podido operar 1) con datos longitudinales de veintitrés países europeos del período de 1930 a 1960 y 2) más particularmente, con otros que cubren un período mayor para sólo ocho naciones.

Esos datos proceden —por una parte— de los censos; por otra, de las estimaciones con que Kirk ha completado éstos en lo referente al idioma materno de los pobladores y a algunos rasgos del desenvolvimiento hacia 1930. En seguida, Lieberson y Hansen parearon estos datos con los del censo de 1960. Como ellos mismos recuerdan, el procedimiento común para determinar el efecto que los cambios de una variable, de uno a otro momento, tienen sobre los cambios de otra variable entre esos mismos dos momentos, consiste en correlacionar las diferencias de los segundos valores respecto de los primeros de cada una de las variables (o sea, en obtener r para $(Y_2 - Y_1)$ y $(X_2 - X_1)$), procedimiento que les parece “preñado de dificultades”, por lo cual determinaron los efectos de 1) la urbanización y 2) el alfabetismo sobre 3) la diversidad, en 1960, después de considerar los niveles de diversidad de cada nación en 1930.

En un segundo cuadro, han mostrado que hay una alta correlación entre el nivel de diversidad lingüística de 1960 y el de 1930, mientras que la diversidad declina durante todo el período. En cambio, sólo hay débiles

asociaciones negativas entre la diversidad y la urbanización en las dos fechas de referencia, y las hay más débiles aún entre el alfabetismo y la diversidad lingüística. En esta forma, a la pregunta de si las variables desenvolvientistas ayudan o no a entender la diversidad lingüística de las naciones europeas en 1960, después de considerar los niveles de diversidad en 1930, responden que, aparentemente, NO ayudan a entenderlos.

Usan, después, el coeficiente de correlación parcial y, gracias a él, descubren que: de la variancia del año 60 no explicada por la diversidad del año 30, sólo un 4% se puede explicar por las dos variables de la alfabetización. Y resumen diciendo que:

“El análisis de los cambios sufridos por la diversidad lingüística dentro de las naciones europeas entre 1930 y 1960—indica una declinación general; pero —añaden— virtualmente no hay conexión alguna ni con una ni con otra de las variables desenvolvientistas para las que se pudieron obtener datos”.

Por ello, piensan que esos resultados le retiran su apoyo a la “hipótesis desenvolvientista”; pero, también reconocen que se puede argüir que la relación normal entre la diversidad —por un lado— y ya sea la urbanización o ya el alfabetismo —por el otro— se rompieron en un período que incluye los años de la segunda guerra mundial pues; A) ésta hubo de tener repercusiones: 1) sobre la mortalidad étnica diferencial; 2) sobre las redistribuciones de población, 4) sobre los procesos nacionalistas B) pues, por otra parte, como este período es breve, es difícil que se puedan descubrir en él desfases o rezagos, C) puesto que lo que ocurre en Europa no tiene que ser necesariamente re-

representativo de lo que pasa en el resto del mundo y D) finalmente, ya que “hay ciertos límites demográficos sobre el grado de cambio de la lengua materna en ese período de treinta años, que están en función de cuál era la proporción de la población total del segundo período que vivía en 1930, y —subrayan— esto es importante porque el cambio de lengua materna es, normalmente, un fenómeno *intergeneracional*” (énfasis adicional de OUV).

La mayoría de las objeciones anteriores, como indican Lieberson y Hansen, se puede superar si se analizan las tendencias en un período largo. Esto se puede hacer, pero, por desgracia, ellos sólo dispusieron de datos para practicarlos en el caso de ocho naciones. El enfoque desenvolventista obligaría a anticipar no sólo que estarían relacionadas las tendencias en la diversidad y en los rasgos desenvolventistas y que el sentido de la correlación sería el indicado por la hipótesis desenvolventista sino que “más críticamente, se deberían de asociar, también las *fluctuaciones* a partir de estas tendencias generales ya simultánea o ya sucesivamente (con rezago)” cosa que no ocurre, como muestran en seguida. En lo anterior sólo hemos cambiando “dirección” por “sentido” que es más específico y hubiéramos preferido hablar de “desviaciones” a seguir a los autores en su uso del término “fluctuaciones” que preferimos reservar para las variaciones erráticas.

Estos dos investigadores no intentaron “ningún análisis elegante de series temporales” sino que recurrieron a gráficas. Mediante éstas, determinaron que, en cuatro de las naciones (Bulgaria, la Unión Soviética, Hungría y Turquía) mientras que A) la diversidad lingüística **había** declinado a través del tiempo, B) **había** aumentado la urbanización; pero que

—en cambio— ni sin rezago ni con diversos rezagos, se podría mostrar que hubiera asociación entre las fluctuaciones a partir de tales tendencias. Al examinar las ocho naciones, sólo en Finlandia encontraron ciertas semejanzas en los cambios A) de la diversidad lingüística y B) de los patrones de urbanización, pues: 1) la diversidad a) declinó continuamente, b) excepto en 1865-80, y c) tuvo una caída *alfa*) notable y *beta*) creciente, en las décadas recientes y 2) la urbanización, a) se elevó a través del período y b) con el mismo período de excepción, c) ha tendido a *alfa*) crecer, y *beta*) hacerlo de modo creciente (o “aceleradamente”) en las últimas décadas. Les parece, por ello, que estos resultados longitudinales para esas ocho naciones tampoco sostienen la proposición sobre las conexiones “diversidad lingüística-desarrollo social” obtenida por los análisis transversales.

De las ocho naciones, hubo seis de las que pudieron comparar —también— los cambios A) en el alfabetismo con los cambios B) de la diversidad lingüística, y los resultados tampoco sostuvieron la hipótesis emitida a partir de las comparaciones transversales. Así, por ejemplo, en Canadá, la diversidad lingüística contrasta con la declinación del alfabetismo; en Bulgaria, en Turquía, en Finlandia, en la Unión Soviética, hubo tendencias descendentes tanto en diversidad lingüística como en alfabetismo, pero, las fluctuaciones siguieron careciendo de relación. Hungría fue la única nación cuyos datos no fueron inconsistentes con el enfoque desenvolventista.

Siempre que pudieron, Lieberson y Hansen compararon con la diversidad otras variables desenvolventistas (como “densidad”, “dependencia de la agricultura” e “ingreso nacional”); pero, esto —desgraciadamente— sólo

les fue posible en cortísimo número de casos y, aún así, los resultados no llegaron a darle apoyo a la hipótesis desenvolventista derivada de los datos transversales.

Ellos señalan que, para ser honrados, deben reconocer que estos resultados están lejos de ser concluyentes pues: 1) los datos son de poca calidad (ya que incluso hay veces en que, como indica Kirk, la política nacional afecta la forma de numerar e informar sobre la lengua materna); puesto que 2) se refieren amplia e incompletamente a las "naciones europeas" y 3) ya que cubren (en lo que se refiere a alfabetización y a urbanización) campos de oscilación muy amplios).

Para dar un paso más, hay que encontrar alguna forma de explicar cómo es posible que A) mientras los factores desenvolventistas considerados no afectan la diversidad lingüística, por otro lado, B) las correlaciones transversales parezcan vincularlos.

Reconocen, así, que *bajo ciertas condiciones*, las comparaciones de cortes transversales entre naciones se pueden usar para inferir las consecuencias del cambio longitudinal y que esto ocurriría si, al trazar dos diagramas de dispersión entre la diversidad y la urbanización de un conjunto de naciones, A) en aquel al que le correspondiera el momento inicial de la comparación, todas o la mayoría de las naciones formaran un racimo en una de las esquinas (en cuanto muy diversificadas lingüísticamente y muy bajamente urbanizadas) mientras que B) en el momento terminal, el enracimamiento se produjera en la otra esquina, reflejando así el contramovimiento en la urbanización y la diversidad a partir del momento inicial. Como esa situación hipotética no es la aseverada por los cálculos, "no tenemos razón para pensar que el conjunto de las

naciones examinadas a través de un estudio transversal sean TODAS semejantes o LO HAYAN SIDO anteriormente".

Por otro lado, hay que considerar un hecho reiterado de la política internacional: las naciones tan aparecen como desaparecen como Estados; así, hay naciones, entre las incluidas en las correlaciones del corte transversal para 1960, que no fueron independientes sino hasta después de la segunda guerra mundial. En estas circunstancias, en el grado en el que la diversidad lingüística y las características desenvolventistas de las naciones que acaban de entrar al sistema difieran de las naciones supervivientes, las correlaciones que puedan desarrollarse a partir del corte corren el riesgo de ser espurias.

Estos autores han pensado, así, en la probabilidad de que algunas de las correlaciones que proceden del corte transversal se pueden explicar considerando la "edad" de la nación pues, mientras hacia 1939 había sólo 70 Estados, en 1967 ya había 131. El "año de la independización" es, por otra parte, un concepto elusivo, que requiere de una definición operativa pero, aún así, puede reconocerse que hay, por lo menos una dicotomía entre los Estados que surgieron antes de cierto acontecimiento y los que aparecieron después de él, en forma parecida a como las ciudades anteriores a la generalización del uso del automóvil son fundamentalmente distintas de las ciudades que surgieron después de que éste se había generalizado.

Después de considerar el año de la independencia de cada nación y de tomar como frontera de una dicotomía entre ellas a 1945 (con distinción entre los que lograron la independencia antes de esa fecha y los que la consiguieron después de la misma), se obtienen algunos resultados como el

de que sólo una pequeña parte de las comparaciones entre las naciones se pueden explicar por cualquiera de las siete variables independientes que se han mencionado, una vez que se ha considerado la "edad" de cada nación porque tanto la diversidad lingüística como esas variables desenvolvientistas están asociadas con la edad del Estado-nación.

Es así como estos autores ven que gran parte de la asociación entre una y otra variables desaparece después de que se considera esa edad del Estado-nación y, como señalan "es como si hubiera dos racimos de naciones: uno, constituido por las naciones de la preguerra mundial segunda (generalmente, más desarrolladas y menos diversas lingüísticamente que las otras); el otro, el de las naciones de la posguerra.

Un paso más hace ver que no basta con una comparación entre las naciones viejas y las nuevas sobre una base de contemporaneidad o en el presente, pues hay que preguntarse, además, si las naciones más viejas y las más nuevas (contemporaneidad de lo no-coetáneo) diferían o no *al nacer* (o sea, cuando consiguieron sus independencias respectivas); pero, por desgracia, ese análisis sólo se puede hacer para un período breve pues la retrospectiva se dificulta cada vez más por falta de datos conforme la época a que éstos han de referirse es más remota. Es por eso por lo que hay que recurrir a procedimientos estadísticos como la retroextrapolación (o extrapolación retrospectiva) para estimar la urbanización de cada una de las trece naciones interbélicas en la época de su independencia, mientras que para las naciones "nuevas" se tomó una estimación del porcentaje urbanizado hacia 1960. En estas condiciones, se encontró que el 62% de todos los posibles apareamientos "viejo-nuevo", las naciones

viejas eran más urbanizadas que las nuevas en las épocas de sus independencias respectivas.

Por otra parte, para muchas de las naciones viejas no se puede determinar la diversidad lingüística de la época de su independencia pero, aún así hay el convencimiento de que las naciones más viejas eran menos diversas al independizarse de lo que eran las nuevas.

Lieberson y Hansen señalan literalmente que "...hay una firme evidencia en el sentido de que mucha de la asociación entre el desarrollo nacional y la diversidad lingüística, que se encontró transversalmente, se debe a la presencia de dos racimos de naciones: las que obtuvieron la independencia después de la segunda guerra que tienden a estar: a) altas en cuanto a diversidad y b) bajas en cuanto a las medidas normales de desarrollo, mientras que 2) ocurre lo contrario para las naciones que se independizaron antes de que terminara la segunda guerra. Una vez que se considera la edad de la nación, las corrientes transversales iniciales tienden a desaparecer".

Ellos mismos examinan algunas otras alternativas de solución pero, a pesar de éstas, les parece que a la vista de lo que han podido observar en el caso de los intentos de correlación entre diversidad lingüística y desarrollo, conviene alertar a quienes practican comparaciones internacionales de todo tipo en contra del peligro que corren en cuanto frecuentemente se han basado "en el supuesto NO COMPROBADO de que las correlaciones transversales se pueden emplear para interferir procesos longitudinales pues en el caso de la diversidad lingüística, por lo menos, ese supuesto engendra conclusiones equivocadas".

El trabajo de Lieberson y Hansen es una etapa más en un largo proceso de investigación de las realidades sociolingüísticas que depende, fundamentalmente del razonamiento y de las técnicas estadísticas, puesto en marcha por el autor principal de este artículo y, por otra parte, muestra cómo con mucha frecuencia, los métodos y las técnicas de que actualmente se dispone para tales estudios son demasiado refinados para la burdidad de los datos de que se dispone tanto en los niveles nacionales como en los internacionales. Dicho breve y rotundamente: que Lieberson como muchos de nosotros, practicantes o aficionados a la sociolingüística, estamos esperando a que se realice —quizás por parte de la UNESCO o de otro organismo internacional adecuado y con la colaboración de sociólogos, lingüistas y estadísticos de diferentes países— un censo sociolingüístico mundial que nos entregue los datos iniciales, básicos, susceptibles de comparación mundial sin los que no podemos sino seguir haciendo lo que hemos hecho durante los años más recientes, en México: tratar de extraer el máximo provecho al único, a los dos... o a los no más de nueve únicos cuadros que sobre materia lingüística publican (con poco entusiasmo, muchas dudas y continuos cambios de criterio) nuestras autoridades estadísticas.

Oscar Uribe-Villegas

Herbert E. Brekle: *Semantik. Eine Einführung in die sprachwissenschaftliche Bedeutungslehre*. 2 verbesserte Auflage. Wilhelm Fink Verlag. München.

Se trata, en este caso, de un manual introductorio al estudio de la se-

mántica y de las otras disciplinas que se conectan con ella, el cual trata de tener como grupo de referencia más que a los lingüistas y filólogos, a quienes cultivan las ciencias sociales. Como Brekle mismo reconoce, la colaboración que aquí debe establecerse entre sociólogos y "lingüistas" (al modo tradicional) tiene que ser benéfica, mucho más de lo que lo es para la semántica en sentido estricto (cuyo territorio ya está más explorado) a la pragmática (cuyo territorio, en buena parte, está por explorar, así algunas de sus parcelas hayan sido roturadas ya por quienes, con mayor o menor talento y menor o mayor fortuna, nos hemos atrevido a cultivar disciplinas sociolingüísticas (la sico, y la etnolingüística así como las sociologías del lenguaje y de las lenguas y, muy especialmente por quienes, aceptando el enfoque inglés de ciertos problemas medulares del habla-en-sociedad, han subrayado la importancia de los registros (Firth, Halliday, Ure, etcétera).

De acuerdo con esta presentación que el autor hace de su breviarío, resulta claro que su mayor ambición hubiera sido escribir sobre la pragmática más que sobre la semántica o, en último término, sobre una semiótica capaz de abarcar junto con estas dos a la otra de sus ramas reconocidas (aunque quizás no sea la única restante de sus ramas *posibles*): la sintáctica.

Como recuerda Brekle, el camino que actualmente comienza a ser transitado (y que, tal vez, dentro de diez años, a causa de las frecuentes estampidas científicas que produce "lo nuevo" acabará por ser demasiado trillado) y que conduce a la "semiótica" es ya viejo: tiene una tradición filosófica acendrada que —como en casi todos los otros casos de historia del conocimiento euroamericano— en forma casi natural hay que remontar